

# EL PAULAR CUMPLE SEISCIENTOS AÑOS

Rafael Muñoz Ramirez

En el próximo mes de agosto una de las más valiosas joyas arquitectónicas y espirituales de la sierra madrileña celebra un importante cumpleaños. Nada menos que seiscientos desde el inicio de lo que habría de ser la Real Cartuja de Santa Mana de El Paular que se encuentra ubicada en las proximidades de Rascafría, en uno de los parajes más bellos de las cercanías de Madrid, en el anfiteatro natural que forma el valle del Lozoya. no lejos de la presa que remansa las aguas de este río, donde se ven reflejadas las cumbres de Peñalara, Malagosto, Cabezas de Hierro y Reventón.

Este pintoresco enclave estuvo siempre cubierto de arboleda, floresta y bosque. Abundan en él los álamos blancos o pobos formando alameda o «pobolar», denominación de la que toma su nombre.

Los Reyes castellanos eligieron estos frondosos y solitarios bosques como lugar de caza y descanso. Allí mandaron construir un pabellón como residencia y una ermita aneja bajo la advocación de Santa María de El Paular.

Fue en este enlomo donde surgió la primera comunidad de monjes cartujos que hubo en Castilla. Su fundación se atribuye al cumplimiento de un voto, expresamente manifestado en el testamento del conde de Trastámara y Rey de Castilla y León, Enrique II, según recuerda la inscripción que figura en el atrio de la iglesia monacal.

La voluntad real fue cumplida por su hijo, Juan I, siguiendo el movimiento reformista del Concilio de Palencia de 1388, celebrado bajo la presidencia del cardenal Pedro de Luna que más tarde seña el Papa Benedicto XIII, que propugnó la fundación de los Monasterios de Guadalupe, El Paular y San Benito de Valladolid.

El propio Rey Juan I, asistió en unión del obispo de Sigüenza, que bendijo el solar, a la traza y el comienzo de las obras el 29 de agosto de 1390.

Dos años más tarde Enrique III ratificó al procurador de la Orden de la Cartuja las concesiones hechas por su padre y libró los primeros maravedíes para la construcción del monasterio. Cuatro monjes de la orden fundada por Bruno de Colonia, procedentes de la cartuja de Escala Dei de Cataluña, no tardaron en llegar.

Durante la niñez de Juan II sus tutores confirmaron las declaraciones y privilegios de los anteriores monarcas. Cuando aquel alcanza su mayoría de edad (1419) los ratificó a su vez y asignó nuevas ayudas económicas para acelerar las obras. La historia te identifica como el gran protector de las cartujas y sus restos reposan en la de Miraflores.

En el transcurso de los años, lo que había comenzado como pabellón de caza se fue ampliando y transformando por los sucesivos Reyes de las dinastías de Austrias y Borbones, que mantuvieron siempre su mecenazgo sobre la Cartuja. A los Reyes Católicos se les atribuye el patio llamado de Juan II. la portada principal del actual monasterio y el atrio; al emperador Carlos I, que lo visitó en 1542, su especial protección. Se cuenta del emperador que se sentía tan vinculado a la comunidad que, cuando todos temblaban bajo una tormenta en alta mar tranquilizó a su cortejo al asegurarles que, en ningún momento dejaban de orar por él - sus cartujos de El Paular»

Carlos III y Felipe V, en sus deseos de dejar patente su protección, mandaron incorporar sus respectivos escudos a las entradas de la iglesia y del Transparente.

No sólo los Monarcas dispensaron sus favores a la Cartuja. Cita ya en la crónica de Mosén Diego de Valera como la de Solos Albos-, nunca faltaron pintores y poetas que la cantaran, como el olvidado Enrique de Mesa, señor de aquellas minas y bosques y trovador de la vida pastoril. Gaspar Melchor de Jovellanos buscó en la serenidad del valle y del monasterio la paz del alma y escribió allí la Epístola a Anfriso, uno de los más bellos poemas del siglo XVIII:

«Rodeado de frondosos y altos montes.  
se extiende un valle, que de mil delicias  
con sabia mano ornó la naturaleza.  
Pártele en dos mitades, despeñado  
de las vecinas rocas, el Lozoya,  
por su pesca famosa y dulces aguas.

Busco en estas moradas silenciosas  
el reposo y la paz que aquí se esconden.

El siglo XIX rompería, sin embargo, esta paz paradisíaca. Hasta sus muros llega la invasión francesa y los últimos años de la Ilustración que reclaman la supresión de las órdenes religiosas y la excomunión, en 1820, de todas las cartujas. La de El Paular se mantiene aún durante unos años pero en 1835 la desamortización obliga a los monjes a abandonarla. Poco tiempo después el Estado vendería el monasterio y sus entornos por una cantidad simbólica.

El propio Estado rectificaría más tarde lo que, resultó, sin duda, una medida no acertada. En 1876, El Paular fue declarado monumento histórico-artístico nacional. A esta declaración poco más que simbólica, siguieron tímidos intentos de restauración que, por tan modestos y espaciados, si bien sirvieron para proteger el monasterio, no llegaron a tener virtualidad práctica.

Curiosamente el día 18 de julio de 1936, se expropiaba por el Estado una determinada zona con destino a una Universidad de verano que se proyectaba implantar allí y que, por el paréntesis de la guerra civil, no llegó a ser realidad. Un antecedente de este nuevo interés por El Paular fue el de los Amigos de la Institución Libre de Enseñanza y la Escuela de Pintores que allí llegó a funcionar durante cincuenta y cuatro veranos.

Posteriormente en 1948 se inicia la restauración de la iglesia y se construye un Parador de Turismo, en lo que fue palacio de Enrique III. Éste sería el antecedente del Hotel Santa Mana de El Paular que posteriormente construyó la Empresa Nacional de Turismo.

A la restauración material siguió también la espiritual. El deseo de contar con un centro de espiritualidad y estudio en las proximidades de Madrid aconsejó al Estado promulgar en enero de 1954, un decreto en el que se cede en usufructo el monasterio y sus dependencias; a la Orden de *San Benito* la que se hace cargo del mismo el siguiente mes de marzo con la llegada de cinco monjes procedentes de la Abadía de Nuestra Señora de Valvanera. En esas fechas, por la Dirección General de Bellas Artes y Arquitectura se inician las obras de restauración que, con desigual ritmo y alguna que otra suspensión, han continuado hasta ahora, bajo diversas Administraciones, de forma que la mayor parte de la estructura de sus principales edificaciones está ya reconstruida.

Más de treinta y cuatro años llevan los monjes benedictinos rigiendo el monasterio. A ellos se debe principalmente y a su abnegación, oraciones y culto, que se haya logrado la restitución y continuidad de este singular cenobio.

En la actualidad, la Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, sensible a la riqueza y valor testimonial de este patrimonio, acaba de contratar la restauración del sagrario situado, como es habitual en las cartujas, detrás del altar mayor. En el caso de El Paular, su sagrario es conocido como el Transparente que, junto con el de la cartuja de Granada, es una de las más ricas muestras del llamado arte churrigueresco, que con su esplendor barroco pretenden cantar la gloria de la Eucaristía.

Todo el esfuerzo hasta ahora realizado y que será necesario continuar para acabar la restauración de este monasterio, debe de ser completado con la adopción de las medidas necesarias para recuperar todas sus imágenes, objetos y obras de arte depositadas en diversas instituciones del Estado y de la Iglesia. Entre ellas, las dos sillerías de los coros de monjes y hermanos conversos además de la de la Sala Capitular recogidos en San Francisco el Grande, y los diversos cuadros de Carducho, Palomino, Alonso Cano, etcétera, que forman su importante pinacoteca, que hoy se encuentran desperdigados por el Museo del Prado y otros museos e iglesias a lo largo y ancho del país. El VI centenario es una buena ocasión de restituir al lugar para el que fueron creados, todas aquellas obras de arte que, si bien en un determinado momento estuvo justificado buscarles refugio en sitios seguros, no tiene hoy razón de SCT para que permanezcan en lo que pudiéramos llamar exilio administrativo, cuando el monasterio, en gran parte reconstruido, goza de una efectiva vida monástica y de la protección del Estado y de la Comunidad madrileña.

Los monjes benedictinos y la Asociación de Amigos de El Paular tienen previsto organizar 'en los próximos meses de septiembre y octubre diversos actos religioso-culturales con motivo de la conmemoración del VI centenario.'Entre ellos la bendición, por el cardenal arzobispo de Madrid, de la nueva mesa de altar de nogal tallado, donado por dicha asociación. Este nuevo altar será el complemento necesario, en la liturgia actual, del extraordinario retablo de alabastro policromado, "que continuará como huérfano y desasistido hasta que pueda verse rodeado de las obras de arte antes aludidas, que constituían la unidad artística de su iglesia. Ojala que la celebración de estos seiscientos años propicie para ellas la vuelta al viejo hogar que nunca debieron verse obligadas a abandonar.

Monasterio de El Paular, nueve de abril de mil novecientos noventa